

Ojos grises

Claudia Barzana



VESTALES

© Editorial Vestales, 2017.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Barzana, Claudia
Ojos grises, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2017.
544 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-70-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título
CDD A863

ISBN 978-987-3863-70-7

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2017 en Gráfica LAF SRL,
Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

*La dicha suprema de la vida es la convicción
de que somos amados, amados por nosotros mismos;
mejor dicho, amados a pesar de nosotros.*

Los miserables, Víctor Hugo.

CAPÍTULO I

~

LA PROMESA DE VOLVER A VERLO

Buenos Aires, mayo de 1883.

UNA EXTENSA COLA DE CARRUAJES ASOMABA EN LAS INMEDIACIONES del Hipódromo de Buenos Aires. Gran parte de los porteños se había hecho presente para disfrutar de uno de los premios que se disputaban sobre las pistas del hipódromo de la ciudad. Los ávidos espectadores habían colmado buena parte de los palcos, sin embargo, en el sector de la tribuna, el cupo estaba cubierto por completo. El interés que despertó semejante convocatoria se debía a que se corría uno de los tres clásicos del año: el Premio Buenos Aires se alzaba junto al Premio Jockey Club y al que se corría en el Hipódromo de Santa Teresa de Lanús, el Premio La Plata, lo que completaba así la Triple Corona que se disputaría esa temporada.

Aún restaba algo de tiempo para el comienzo. A un costado, se había habilitado un sector con mesas para disfrutar del mejor servicio de confitería, a cargo del Hotel de la Paix, de gran prestigio en la ciudad. Allí reunidos y distribuidos en algunas mesas, estaban congregados los hombres de la política y de los negocios, quienes solos o con sus familias pretendían disfrutar del espectáculo hípico.

En un sector más alejado de allí, habían concentrado a las potrancas que serían las protagonistas de esa carrera. Los animales, junto a los jinetes participantes, intentaban dejar a un costado los nervios previos que, de modo recurrente, los asaltaban.

—Debemos ubicarnos —sugirió Octavio Ortiz.

—Pensaba quedarme por aquí; también tenemos una buena perspectiva de la carrera.

—Vamos, Máximo, nunca te he notado tenso, supongo que no será la excepción en tu primera carrera.

—Acabo de estar con Benito y lo noté calmo, imagínate que yo debería estar igual —comentó mientras reía con quien era uno de los más asiduos clientes de su negocio—. Espero que al menos haga una partida digna con *Gala*. Por lo que pude ver, hay muy buenas potrancas anotadas.

—Es un buen jinete. Quién diría que luego de tanta insistencia, te has animado a participar.

Para Máximo Uriarte, la compra de caballos era tan solo un pasatiempo. Sin embargo, se había asesorado para realizar una buena adquisición y ahora contaba con una excelente e incipiente caballda. Eso fue lo que lo motivó a participar en la carrera.

—Esta no es mi actividad, es un espectáculo que disfruto ver, nada más.

—Sin embargo, siempre terminás rodeado de mujeres, no sé cómo lo hacés. Si no, fijate en esta carrera, no siempre quienes corren son potrancas, como en este caso —replicó risueño.

Máximo festejó el comentario. Aunque algunos hombres tuvieran la creencia de que él ocupaba un lugar de privilegio rodeado de las mujeres más hermosas y accesibles de la ciudad, estaban equivocados. A simple vista, parecía que su actividad le permitía disfrutar de la buena vida, rodeado de alcohol y diversión; sin embargo, nadie conocía cómo era en realidad ni que la soledad se había transformado en su gran compañía.

Evitó perderse en esos pensamientos y prefirió continuar con el ánimo festivo que se respiraba allí.

—Cuando entré, saludé a Narciso Martínez de Hoz y a Carlos Pellegrini. Cruzamos algunas palabras, estaban bastante exultantes con todo esto. Supongo que harán una buena gestión, como cada vez que se proponen algo.

—Te aseguro que, a partir de ahora, el Hipódromo será administrado por el Jockey Club; el desorden que se vivió en casi todas las carreras dejará de existir —aseguró Octavio—. Además, todos quienes participamos de las largas reuniones en el Jockey barajamos distintas posibilidades para saber qué hacer y cómo actuar para darle un mejor marco a todo esto —acotó mientras se hacía a un lado—. Adelante.

Máximo esquivó a algunas personas que pugnaban por ubicarse en su lugar y, sin más demora, logró alcanzar el palco para, desde allí, palpar la carrera. Más de treinta potrancas estaban en la línea de largada, inquietas antes de salir disparadas. El espíritu bravío de algunas las hacía corcovear mientras los jinetes intentaban apaciguarlas, lo que le daba majestuosidad a aquel espectáculo.

Los binoculares de los asistentes estaban dirigidos hacia la fina línea donde estaban ubicadas las potrancas a la espera del momento crucial: la largada, ese preciso instante que definiría la actuación de los participantes de aquella carrera. De pronto, la bandera que flameaba en las manos de un empleado descendió con brusquedad para dar lugar al inicio de la carrera. En medio de la algarabía de los espectadores por ver cuál de los caballos tomaba la punta y cuál quedaba relegado sin haber salido siquiera del lugar de partida, hubo algo que a Máximo le robó de modo imprevisto la atención. El perfecto rostro de una joven que se había dado vuelta para seguir la competición con la mirada lo subyugó por completo, tenía hacía tiempo grabado ese rostro en la retina. Los gritos y vítores que alentaban al favorito se incrementaban, pero él no lograba retirar la mirada ni cambiar el foco de atención.

Hubo algo en la joven, quizá la intensidad de la mirada de Máximo o algo más, que la incitó a que de a poco girara la cabeza hacia los palcos de arriba. Los intensos rayos del sol que caían y caldeaban esa fría tarde impedían que pudiera ver bien. De inmediato, se colocó una mano sobre la frente para cubrirse y así identificarlo mejor. Ella tampoco necesitaba de ningún artilugio para verlo.

Él notó que ella aún sostenía los binoculares con la otra mano, caídos en desuso, entonces le regaló una sonrisa que solo reservaba para ciertas ocasiones y para una sola mujer: Béatrice Salcedo.

Como en las otras pocas oportunidades en las que la había visto, esos ojos grises volvieron a eclipsarlo. Aún no había podido explicar qué tenía esa joven para lograr abstraerlo de todo y poco le importaba lo que ocurría a su alrededor, menos aún los mil se-cientos cincuenta metros de carrera que recorrían los animales en busca de la victoria. La leve inclinación de cabeza que le hizo provocó que Béatrice le dedicara una amplia sonrisa mientras se le iluminaba aún más el rostro. Ese mágico instante perduró hasta que el bullicio y la algarabía se impusieron al conocerse al triunfador de la carrera.

—¡Máximo! ¡Máximo! Parece que conseguir el segundo puesto con *Gala* te ha dejado atónito —comentó Octavio mientras le palmeaba el hombro.

En ese momento, Máximo era el blanco de las miradas de varios de los asistentes que lo habían identificado como el propietario de uno de los animales ganadores, que, hasta la fecha, era desconocido. En medio del alboroto que se vivía, notó que Béatrice descendía del palco de la mano de Nicanor Salcedo, su padre. Máximo supo que no bien él supiera que estaba allí, sacaría a su hija. Sin embargo, gracias al alboroto y al gentío que festejaba el resultado, hubo tiempo para que ella se diera vuelta y le lanzara una rápida y fugaz mirada de despedida, la que Máximo deseaba desde el preciso instante en que la vio alejarse.

* * *

En el viaje de regreso a bordo del carruaje, Béatrice se mantuvo abstraída mientras su padre conversaba sobre lo acontecido en la carrera, sin hacer mención sobre la presencia de Máximo Uriarte. Cuando llegaron, y luego compartir un té, ella fue hacia su habitación.

Con las manos trémulas, buscó el diario que descansaba en el fondo del cajón del secreter que adornaba la habitación. Lo apoyó sobre la superficie de caoba y, con los dedos, comenzó a dar vuelta cada hoja para dejar atrás algunos pasajes lamentables de su vida en París. La revelación de la identidad de su verdadero padre, junto con la muerte de su madre, la habían resquebrajado por dentro. En aquel momento, supo que no contaba con demasiado tiempo para decidir su destino; sin embargo, con el último aliento, su madre la había ayudado a decidir qué hacer, cómo y hacia dónde ir. Con ese legado grabado en el corazón, viajó hasta la ciudad de Buenos Aires para conocer a Nicanor Salcedo, su verdadero padre, e instalarse con él. El tiempo transcurrido en ese nuevo hogar le había permitido reconciliarse con el amor familiar que creía perdido.

Los finos dedos se detuvieron en uno de los primeros pasajes escritos a pocos días de haber llegado a la ciudad y que mantenía guardado en la memoria. Fue aquella ocasión en que lo vio en la casa. Bastaron unos pocos minutos para que le llamara la atención y, tras un simple saludo, quedase impresionada con la presencia de Máximo Uriarte. Luego llegó otro encuentro tan breve como contundente, donde supo que no podría borraréselo de la mente.

En medio de aquella vorágine de sentimientos, recuperó la ilusión que creía perdida y, día a día, mantenía latente la esperanza de verlo: necesitaba saber todo sobre el hombre que le había robado el aliento. Habían sido breves los minutos que habían compartido mientras él la saludaba, pero suficientes para asombrarla.

El sordo sonido de las hojas correr se detuvo cuando se deslizó una nota suelta que guardaba con mucho recelo, ya que era su pequeño tesoro. La promesa vertida en esas escuetas frases alimentaba el deseo de verlo y aplacaba la ansiedad de la espera que soportaba el último tiempo. Volvió a leerla: “Sus inquietantes ojos grises aún me tienen embrujado. Espero que disfrute de este té y ansío que la próxima vez sea yo quien esté sentado frente a usted para poder disfrutar de su compañía. Suyo, M.”

Hacía un tiempo atrás, la casualidad había querido que ella entrara junto con una amiga a la confitería Ligure y que allí se

encontrara Máximo. Él, al advertir su presencia, no dejó pasar la oportunidad para sorprenderla y le había hecho llegar la nota por medio del mozo junto con una bandeja con té y exquisiteces.

Con los dedos repasó la simple eme mayúscula, la inicial de su nombre, que había esbozado a modo de despedida. Cada tanto, evocaba el encuentro que había tenido con él, tiempo después, en la Exposición Obrera Italiana con motivo de una muestra de arte. Nunca antes había estado cerca de un hombre tan apuesto y cautivador; el efecto que le provocaba con solo mencionar algunas palabras era arrollador. Aún retumbaba como un eco aquella frase que cada vez le resultaba más cercana y con la cual le había prometido no alejarse para evitar que se olvidara de él. Recordar el tono que había utilizado para decirle que quería que fuera suya le erizaba la piel y la sonrojaba.

Esos recuerdos se vieron cristalizados unos días después, cuando la intempestiva aparición de la empleada en la habitación la había alegrado como nunca antes, ya que no lo había hecho para llevarle el desayuno, como siempre lo hacía, sino para entregarle un mensaje de Máximo. Quería verla esa tarde y le aseguraba que ya estaba todo arreglado, que no debía preocuparse por nada. El lugar elegido era la confitería donde Béatrice había recibido aquella nota.

Desde ese mismo instante, no dejó de dar vueltas mientras pensaba qué se pondría. Sin embargo, le rondaba la duda de saber cómo haría para verlo sin que su padre se opusiera. Lo único que sabía era que esa misma tarde Fermín Montero iría a visitar a Nicenor, que, sin dudas, debería relegar el paseo que solían hacer juntos y entonces podría hacerlo ella con Bernarda, la empleada. Observó el reloj de su padre que conservaba apoyado en la mesa de luz y advirtió que ya era la hora de arreglarse.

Intentó vestirse a pesar del temblor que le corría por todo el cuerpo porque los minutos pasaban y la proximidad del encuentro la colmaba de felicidad. Con el cepillo de nácar se peinó el cabello negro y lo recogió con un broche, luego se soltó varios mechones, que le cayeron sobre los hombros. Se colocó unas gotas de perfume de azahares y volvió a mirarse en el espejo; un rubor delator le

cubrió las mejillas y le coloreó la pálida tez, lo que le resaltó aún más los llamativos ojos grises. Rozó el rosario que pendía de uno de los costados del espejo, recuerdo de su madre y, sin esperar más, se apresuró a salir para encontrarse con Bernarda.

En la sala estaba Nicanor. Acababa de dejar sobre la mesa de arrimo la taza de té y continuaba abstraído con la lectura del periódico *La Nación*, en especial con un artículo que le resultó de interés:

BUENOS AIRES, LA NUEVA PARÍS DEL PLATA

Con el pensamiento progresista y liberal que ha marcado su carrera política, Torcuato de Alvear asume formalmente como intendente de la ciudad de Buenos Aires luego de su gestión como presidente de la Comisión Municipal, que integraba junto a otros miembros y vecinos notables desde hacía dos años. Miembro de una familia de raigambre patricia, intentará plasmar su espíritu innovador e inquieto en aquellas reformas que propone con tanto ahínco de la mano y con el beneplácito del presidente Julio Argentino Roca. Se le augura que la ciudad se transforme en la gran anfitriona del Plata y que acoja, como corresponde, a la gran cantidad de inmigrantes que arriban hasta aquí junto a la mentada ampliación del puerto de Buenos Aires, que aún está en ciernes. París ha sido y será su musa inspiradora, por lo que mantiene viva la intención de embellecer la ciudad con bulevares y distintos paseos para emular al alsaciano Hausmann con la obra que ha llevado a cabo en París.

Esplendor, progreso y florecimiento le espera a nuestra ciudad en el sincero deseo de transformarse en la nueva París del Plata. Las mejoras y reformas estructurales no solo se refieren a una cuestión estética, sino también a mejorar la higiene. De la mano del reconocido médico e higienista Emilio Coni, propone mejorar la salud de los porteños lue-

go de los períodos de epidemias que asolaron la ciudad y que dieron muerte a tantos ciudadanos.

Se le augura que logre plasmar cada uno de los proyectos en beneficio de todos los porteños.

Cada noticia referida al puerto de Buenos Aires le generaba interés, ya que estaba a cargo de los negocios de Tristán Paz durante su ausencia. Sin dudas, la sola mención de París le llevaba recuerdos que nunca olvidaría, pero desde hacía un tiempo tenía a su hija con él, que era el fiel reflejo de la mujer que más amó en la vida.

El sonido de unos pasos lo sacaron de esos pensamientos y de inmediato levantó la vista para encontrarse con Béatrice.

—Hija, estás hermosa como siempre —comentó al doblar el periódico y dejarlo a un lado—. Lamento no poder acompañarte, pero la imprevista visita del señor Montero me lo impide.

—No te preocupes, tendré la compañía de Bernarda.

—Aún no entiendo tu testarudez al no querer salir con nuestro carruaje.

—Así podremos disfrutar mejor de la tarde, ¿verdad?

Béatrice le lanzó una mirada elocuente a la empleada, que intentó eludirla de inmediato para evitar delatarse ante los ojos del patrón. Debía mantener un peligroso silencio y callar la información de hacia dónde se dirigía y con quién se encontraría. Bernarda conocía la importancia que esa cita tenía para la joven lo que no dejaba de preocuparla y angustiarse. Esperaba que todo saliera bien, porque no quería enfrentarse al fuerte temperamento de Nicanor. En verdad nunca lo había visto enojado con su hija, a la que amaba por encima de todo.

—¿Vamos, Bernarda?

Ella asintió y la ayudó a colocarse la capa de terciopelo azul que la abrigaría del clima frío y húmedo que se había instalado en la ciudad.

Una bocanada de aire fresco les golpeó el rostro cuando salieron. Caminaron por la estrecha calle adoquinada hasta llegar a la

esquina, donde estaba esperando el landó de Máximo, y de inmediato se bajó el cochero para ayudarlas a subir.

—Buenas tardes, señorita, ¿está usted bien?

Béatrice asintió y se ubicó en el asiento de cuero frente a la empleada; el bamboleo del coche marcó el inicio de la marcha.

—Bernarda —susurró al tiempo que se incorporaba en el asiento—, no te preocupes, solo debés quedarte con el cochero mientras tomo el té con un antiguo amigo.

—Señorita... —esgrimió asustada.

—De verdad, no hay de qué preocuparse —insistió.

El coche prosiguió su camino hacia la confitería y se detuvo en la puerta. Cuando llegaron, Máximo se aproximó para abrir la puerta y ayudar a Béatrice a descender. Clavó los ojos en los de ella mientras enredaba los dedos en la delicada mano de la joven.

—Estos días no hice otra cosa que pensar en usted. Necesitaba y quería verla —manifestó al acercarse, tal vez demasiado, a su rostro.

Béatrice no supo qué decir ante la embriagadora sonrisa que le regaló al tomarla. Él la guio hacia el interior de la confitería que, una vez más, visitaba, aunque en esa oportunidad del brazo de él.

Se dirigieron hasta una mesa ubicada a un costado, donde reinaba la privacidad. Los largos y fuertes dedos de Máximo le rozaron la capa azul para ayudarla a desprendérsela. Béatrice se quedó inmutable cuando sintió a través del sedoso y espeso género el fino roce masculino.

—Me habría gustado pasar a buscarla —le susurró al oído.

—Usted sabe que, si lo hubiera hecho, yo no estaría aquí.

Máximo evitó recordar el enfrentamiento que mantenía desde hacía mucho tiempo con Nicanor; no quiso empañar ese momento al recordar el pasado, que era lo que lo condenaba al repudio. Nunca le había importado lo que el resto pensara de él ni sobre el modo en que actuaba, menos aún sobre la actividad que desarrollaba, pero esa sería la primera vez que se esforzaría en torcer el parecer de alguien, ya que Béatrice estaba de por medio.

—No siempre será así, se lo aseguro.

—Ojalá, aunque...

—Déjeme adelantarme y decirle que supongo que no le importan los comentarios sobre mi persona.

—Si fuera así, no estaría aquí a punto de tomar el té con usted.

Máximo recorrió con la mirada el inquietante rostro de Béatrice, repasó los atractivos e insondables ojos grises y la recorrió con descarada atención para luego detenerse en la boca. Suponía que nunca nadie la había rozado siquiera. Entonces no pudo frenar el impulso de recorrerle la mejilla con el pulgar hasta descender por el contorno de los sensuales labios, sin dejar de sentir el leve temblor que esa caricia le provocaba a la muchacha.

—Lo sé. Por el momento me he conformado con tener de mensajero a Félix, mi cochero, al que ha visto su empleada estos días.

La llegada del té interrumpió el diálogo, que se desarrollaba entre frases y roces sugerentes. El mozo colocó sobre las mesas dos tazas humeantes y una bandeja con masas y budines.

—Espero que esta vez lo disfrute —dijo Máximo y esbozó una sonrisa.

Él no dejaba de observarla, intentaba entender el influjo que Béatrice le había provocado desde el primer instante en que la había visto, recién llegada de la tierra gala y cuando aún no sabía quién era. Desde aquel momento, tenía grabado en la retina ese rostro que no dejaba de perturbarlo. La juventud de Béatrice, sumada a otras cuestiones, habían hecho que tomase ciertos recaudos que nunca antes había tenido con otra mujer, por lo que decidió esperarla e intentar que los quince años de edad que los separaban fuesen el menor de los obstáculos para estar juntos.

Béatrice estaba embelesada frente al dueño de un rostro tan atractivo como seductor. Las largas pestañas negras que le delineaban los ojos le daban mayor contundencia y profundidad a la mirada. Siempre llevaba el cabello negro peinado hacia atrás, que le caía más allá de la nuca. Suponía que no era una coincidencia que las pocas veces que lo había visto estuviera vestido de color negro, lo que contrastaba con la blancura de los dientes cuando le regalaba

alguna sonrisa. Solo una pequeña medalla de oro le pendía del vigoroso y ampuloso pecho.

—¿Cree que luzco acorde para acompañarla en este salón?

—Ver el rostro de sorpresa de Béatrice al haberse sentido en falta por haberlo observado con tanta atención bien había valido para Máximo hacer tal comentario—. No se ponga mal, me gusta que me mire —susurró mientras le deslizaba los dedos sobre la tersa mano—. Quiero que conmigo se sienta cómoda, ¿de acuerdo?

Béatrice solo contestó con una franca sonrisa, que auguraba los distintos momentos que deberían robarle al destino.

—Supongo que con el tiempo que lleva aquí ya logró habituarse.

—Así es —replicó mientras jugaba con la cucharita de té, que aún estaba intacto—. Si me preguntara cuándo querría regresar a París, dudaría en afirmarle que lo haré en algún momento.

—Supongo que debe de tener valederos motivos para no volver al lugar que por tanto tiempo fue su hogar.

El silencio que se produjo en ese instante no hizo más que confirmar lo que Máximo siempre supo: detrás de ese magnífico rostro había algo más, algo que solo él quería descubrir de boca de Béatrice.

—En este caso, soy yo el que debe viajar.

—¿Adónde?

—A París, justamente.

El impacto de la noticia dejó a Béatrice sin palabras por unos minutos.

—¿Hay algún motivo en especial? —preguntó en un ahogado susurro.

—No, debo viajar por negocios y, además, visitar a mi tío, que está instalado allí desde hace un tiempo. Él ha sido una persona importante en mi vida y quien me ha involucrado en las actividades que tengo, aunque ya está fuera del negocio. Por mi parte, no quiero dejar pasar más tiempo sin verlo.

—¿Piensa irse por mucho tiempo?

Máximo la observó y notó la expectativa que le generaban sus palabras.

—Mi estadía allá será lo más breve posible. Debo regresar enseguida y ansío que sea usted quien me espere —dijo y le lanzó una mirada significativa—. No me mire así, le aseguro que si pudiera evitar este viaje, lo haría. Quizá la distancia haga que me extrañe un poco.

—No la creo necesaria para que eso suceda —susurró.

—Béatrice, le aseguro que sería capaz de cualquier cosa por tenerla a mi lado.

—¿En serio? —preguntó con una simpática sonrisa.

—Si fuera por mí, la llevaría conmigo, pero no sería apropiado, ¿verdad? Eso sí, no me tiente, porque aún me queda la alternativa de raptarla —confesó al inclinarse cerca de su oído. Luego se enderezó y agregó sin dejar de mirarla a los ojos—: Así estaría junto a mí y la haría mía.

—No sería capaz —dijo con una carcajada.

—¿Ve? Por eso quiero que en verdad me conozca; le aseguro que sería muy propio de mí hacerlo, aunque puede quedarse tranquila: esta vez no lo haré. Con usted me he propuesto hacer las cosas como es debido; por eso, además de desear verla, quería comentarle sobre mi viaje y decirle que a mi regreso no voy a tener motivo alguno para ausentarme, mi tiempo va a pertenecerle solo a usted.

No fueron solo las palabras dichas, sino también el tono convincente con el que las dijo y la honda y significativa mirada lo que hicieron que Béatrice no pudiera hilar un pensamiento con otro, como tampoco que le brotase de los labios alguna contestación coherente.

—Le pido que tomemos este té, que supongo se le debe de haber enfriado. Hoy es lo único que podremos disfrutar.

Béatrice le sonrió con el franco anhelo de lo que llegaría. Ella nunca creyó que podría tener las perturbadoras sensaciones que le provocaba Máximo con solo hablar. Sus manos no dudaron en tomar la taza y beber de a pequeños sorbos el contenido mientras

él le hacía algunas acotaciones, pero no podía borrarse de la mente cada palabra que minutos antes había pronunciado.

—Supongo que no cuenta con mucho tiempo para estar aquí.

—Así es. No querría perturbar a mi padre, ya está bastante molesto porque no he traído el carruaje para este paseo. La visita de un conocido esta tarde le impidió que me acompañase hoy.

—Supongo que ha sido una grata coincidencia, ¿verdad? — lanzó con una mueca cómplice.

—¿Ha tenido que ver con esa visita?

—¿Usted qué cree? —La amplia sonrisa de Béatrice lo contagió—. A Fermín Montero lo conozco desde hace un tiempo y andaba con ganas de tener algunas palabras con su padre; supuse que hoy sería una buena tarde para hacerlo.

—Aún no tengo claro qué fue lo que sucedió entre ustedes.

—No es necesario sacarlo a la luz, aquello sucedió hace mucho tiempo, y yo no soy el mismo.

Desde que Béatrice lo había conocido, no había escuchado más que advertencias sobre Máximo, sobre todo alentadas por su padre. Nadie más que ella conocía el amor sincero que Nicanor le prodigaba; por otro lado, el vínculo sincero que habían forjado en el tiempo que estaba allí le había permitido rearmar una familia. Por ese motivo, ella se dijo que jamás haría algo para contrariarlo. Sin embargo, se cruzó con Máximo y todo se derrumbó. De todos modos, estaba convencida de que sería solo una cuestión de tiempo para que poco a poco todo se arreglara.

—Máximo, ya es la hora de irme —esbozó en un susurro.

Él no la hizo esperar y se levantó de inmediato, se le acercó y agregó:

—Me gusta cómo suena mi nombre en sus labios.

Ella alzó la vista hasta alcanzar la de él. No había gesto ni palabra que en ese preciso instante pudieran expresar el latente deseo de estar juntos. Sin dejar de mirarla, Máximo le deslizó la mano por el cuello, le rozó la nuca y se enrolló algunos mechones de cabello entre los dedos. Luego los desplazó hasta tomarle el mentón y acariciarla con la mirada para luego acercarse hasta rozarle los labios

con los suyos. Aquel beso casto le provocó una sensación única, especial, diferente, que nunca antes había sentido. Lo asaltó una imperiosa necesidad de resguardarla, protegerla y cuidarla de todo, salvo de él.

—Nos veremos pronto —dijo Béatrice y los ojos anhelantes le hablaron de la promesa de volver a verlo.

—Muy pronto —confirmó Máximo.

Una vez fuera, Máximo esperó a que el carruaje se deslizase por la adoquinada la calle Del Temple hasta perderse en la ciudad y luego caminó unos pocos pasos hasta alcanzar la puerta del burdel El Regocijo.

Aún faltaban algunas horas para que el local brillara con su mayor esplendor. Sin embargo, la tenue luz que alumbraba el recinto reflejaba destellos dorados y bordó que resaltaban el color de las paredes. Esa atmósfera provocaba el ambiente necesario para que las hermosas mujeres que trabajan allí dieran rienda suelta a las fantasías de los hombres, quienes, con una notable avidez sexual, concurrían noche tras noche. Dio un vistazo general por el lugar para comprobar que todo estuviera en su lugar, a la espera de que los clientes completasen el paisaje burlesco y festivo de cada jornada.

De unos pocos saltos subió la escalera y entró en la oficina, desde donde manejaba todo lo referente al negocio. Aún le quedaban algunos asuntos pendientes que debía dejar listos antes de marcharse. Se sirvió un vaso de whisky y se sentó para después zambullirse en los problemas que debía atender. No llegó a desplegar la carpeta que tenía a un costado del escritorio cuando unos golpes en la puerta lo distrajeron.

—Patrón —irrumpió el encargado del burdel—, quiero hablar algunos temas con usted.

—Adelante, servite —dijo al levantar el vaso teñido de color ámbar—, así hablamos y nos ponemos a tono. —Simón Vera se sirvió la bebida y se sentó frente al escritorio, aunque se tomó un tiempo para comenzar a hablar—. Si no te conociera desde hace bastante, creería que estás nervioso.

—Lo que pasa es que no sé si va a gustarle lo que tengo que decirle.

—Adelante.

—Mire, no soy quién para decirle cómo debe moverse, pero lo noto medio distraído y acá las cosas pasan.

—No te entiendo.

—Usted anda de mucho té por ahí, con la cabeza en otra cosa, pero los negocios siguen y creo que, si no nos ponemos a tiro, alguien nos va a pasar por encima.

—Sé más claro.

—Hace unos días, me di una vuelta por la zona sur, como suelo hacer para ver cómo andan las cosas allí. La casona de doña Eulalia Marconi ya dejó de ser lo que era, ahora es un burdel que no tiene nada que envidiarle a este.

—¿Estuviste adentro?

—No lo tome como una traición, patrón; quería saber cómo era, y lo que descubrí fue que Rufino Casas está encargado de todo. El muy hijo de puta se debe de haber llevado algunas ideas de acá y, después de un tiempo de descanso, nos viene a hacer competencia.

—¿Qué te pareció el lugar?

—Ya le dije, creo que el mal nacido nos va a sacar clientes. Eso sí, por mucho que insistí no quiso decirme quién era el dueño. Supongo que no debe de querer decirlo para evitar tener que enfrentarse con usted. —La carcajada de Máximo interrumpió el tenso clima que se respiraba desde que había empezado la conversación—. ¿No le digo? Usted está con la cabeza en otra cosa. En cualquier otro momento habría reaccionado de otro modo.

—Simón, durante bastante tiempo me he ganado unos cuantos enemigos, y esos son los que no van a pisar este burdel. La clientela que ya tenemos no dejará de venir; quizás querrán ver qué tal es el otro local, pero volverán.

—Ojalá sea así como lo dice.

—Además, la competencia entre ambos negocios alimentará los deseos de compararlos y eso ayudará a que El Regocijo aumente aún más los clientes.

—Lo noto demasiado seguro de lo que dice.

—Por supuesto, porque aún hay algo que debes saber: yo soy el dueño de El Sosiego —dijo. Simón lo miró perplejo—. No me mires de ese modo, quiero mantener el anonimato sobre la titularidad de ese negocio. Como te imaginarás, motivos me sobran para hacerlo. En principio creo que los que me odian van a querer perjudicarme al ir a la competencia, sin saber que en realidad me benefician.

—¡Pero hubiera empezado por ahí! Si lo viera a Rufino, los aires que se daba conmigo... Ya lo voy a agarrar.

—Olvidate de eso, quiero que todo continúe del mismo modo. Cuanto menos sean las conexiones entre ambos lugares, mejor. Además, hace un tiempo que lo tengo a Tolosa sobre los talones y lo último que quiero es darle algún otro motivo para que merodee por ahí.

—Ese jefe de policía es otro hijo de puta. Patrón, estoy seguro de que usted no estuvo involucrado en los hechos por los que intenta culparlo.

Máximo lo miró sin decir nada, no estaba acostumbrado a que confiaran tanto en él. Desde hacía mucho tiempo se manejaba solo y se encargaba de una serie de responsabilidades que le habían quedado tras la muerte de su padre. Había luchado golpe a golpe para obtener todo lo que poseía, lo que a los ojos de cualquiera era mucho más que a lo que alguien podría aspirar.

El dinero que había hecho le había permitido mezclarse con hombres que ostentaban poder, representado tanto por políticos como por grandes empresarios. Todos ellos concurrían al local para disfrutar de las mujeres, beber alcohol y pasar una noche de fantasía. Allí, detrás de los pecaminosos muros del burdel, todos eran de la misma condición, salvo Máximo. En El Regocijo, quien poseía el poder era él. Dentro de ese reducto se tejían traiciones, se alzaban alianzas y se escuchaban confesiones que no podían salir de ese ámbito. Él había hecho un culto de la discreción, lo que le había permitido alzarse como el mejor en ese tipo de negocios.

—Gracias, Simón, por tu lealtad. Respecto de lo otro, no debés preocuparte. Si te parece, en mi ausencia podés hacer alguna pequeña reforma dentro sin que altere el normal funcionamiento del negocio. De ese modo, le daremos algo de qué hablar a los que creen que mi local no rinde como es debido. Pensarán que estoy preocupado por la competencia y eso alimentará a que entren más clientes en busca de diversión.

—¡A su salud, patrón! —clamó y levantó el vaso.

Ambos bebieron de un sorbo lo que quedaba del whisky y continuaron con algunos temas que aún no habían logrado resolver.

* * *

Béatrice creía haber pasado con corrección el interrogatorio de su padre sobre el paseo junto a Bernarda. No podía culparlo, sabía que velaba por ella como nunca antes lo había hecho por alguien.

Ya en su habitación, y por espacio de una hora, no hizo otra cosa que dar vueltas sin poder conciliar el sueño. Eran muchas las emociones que la invadían y en cada una de ellas estaba Máximo presente; solo anhelaba que perdurasen para siempre. Se levantó de la cama y buscó el sillón ubicado frente a la ventana que daba al patio, que Bernarda cuidaba con suma prolijidad. Se arrebujó con una manta, se cubrió los hombros y se dejó envolver en la noche mientras trataba de no sucumbir al temor a la oscuridad y a los demonios que cada tanto la asaltaban cuando recordaba algunos momentos imborrables que había vivido en su ciudad natal. Poco a poco, un sueño espeso y profundo la sumergió en una inmensa oscuridad.

Aún escuchaba las sordas pisadas en uno de los largos corredores de la amplia finca parisina. Con apenas seis años de edad, a esa hora de la noche, no había conciliado el sueño. Necesitaba mi muñeca de porcelana para hacerlo.

Ese día, nadie se había ocupado de mí. Mi madre hacía dos días que había estado de parto y las atenciones que siempre recibía de ella se habían esfumado. Sin embargo, estaba feliz de tener un

hermano. Ansiaba poder jugar y encontrar algún lugar adecuado en la familia, fuera del amor que siempre me prodigaba mi madre.

Los llantos del bebé se hicieron más audibles y, sin dudarlos, busqué y busqué de dónde provenía el sonido. A medida que me acercaba a la puerta de una de las habitaciones, los gritos se hicieron más claros acompañados de objetos que se estampaban contra el suelo lo que hacía aumentar el llanto del bebé.

Me quedé con la espalda apoyada en una de las frías paredes del corredor sin saber qué hacer. De pronto, la puerta se abrió y mi padre salió hecho una furia. No, por favor, que no me vea, pensé, no quería que descargara su ira conmigo.

—¿Qué haces aquí? Fisgona como tu madre —me dijo con odio.

—*Ma poupée, ma poupée* —rogué.

No logré apoyar mis pies en el destemplado y lustroso piso de aquel largo corredor porque él me llevó agarrada de mi larga cabellera hacia un lugar que no quería. No deseaba llorar porque sabía que iba a alterarse aún más. Lo conocía y no era la primera vez que lo hacía, que me castigaba.

Sabía hacia dónde me llevaba y mi cuerpo comenzó a temblar entre el temor y las sacudidas que él me propinaba. Su gorda mano me tiraba con fuerza del cabello hacia el final del pasillo donde había una pequeña escalera, que debí subir hasta alcanzar aquel lúgubre lugar. Sin mediar más que un golpe fuerte en mi cara y un empujón, la puerta que llevaba al altillo se cerró de golpe y quedé encerrada allí. La oscuridad me abrazaba hasta asfixiarme, el temor se había apoderado de mí y el aire se esfumaba poco a poco mientras mis lágrimas caían sin parar en un profundo sollozo. Mi cuerpo no dejaba de sacudirse y de temblar. Quería gritar hasta desfallecer, pero no podía.

Impulsé mi cuerpo como pude y me acerqué a tientas hasta una pequeña ventana mientras me golpeaba con varios trastos. En aquella siniestra noche, un pequeño haz de luz brilló en medio de la oscuridad.

No sabía hasta cuándo estaría allí. No quería permanecer un minuto, no podía, solo anhelaba mi muñeca. ¿Cuánto más debía esperar? El llanto desgarrador aumentó el miedo que corroía mi interior.

Béatrice escuchó un ahogado alarido y su cuerpo comenzó a convulsionarse, sin darse cuenta hasta unos minutos después de que desde el interior de sus entrañas había emergido aquel grito. Se abrazó muy fuerte, apoyó la cabeza sobre las rodillas y comenzó a llorar hasta quedarse sin lágrimas. Necesitaba expulsar toda la angustia que había acumulado durante tantos años, borrar lo vivido y el fantasma de ese padre adoptivo, que ya no estaba; su tía Antoinette le había avisado que había muerto.

Ya nada quedaba de aquel lamentable pasado, por eso debía desterrar todo el temor que la había rodeado para darse cuenta de que allí estaba segura y de que todo aquello no eran más que desagradables recuerdos que poco a poco se borrarían para dejar lugar a todo lo bueno que seguro llegaría. Ansiaba y necesitaba saber que así sería.

* * *

La noche había desplegado sus alas y cubrió la ciudad con una espesa oscuridad. En medio de la destemplada penumbra, sobre la calle Del Temple, se avizoraba el elegante cartel que indicaba la bienvenida al burdel El Regocijo. Máximo abandonó la oficina y descendió por la escalera para recorrer por última vez el lugar y saludar a algunos de los clientes. Varias mesas de madera oscura estaban distribuidas junto a las sillas tapizadas de bordó y dorado, en consonancia con la decoración de las paredes e iluminadas por pequeños candelabros ubicados en el centro. El particular almizcle que flotaba en el ambiente se debía a la combinación de alcohol, tabaco y el perfume que envolvía a las mujeres. Muchas de ellas ya estaban en compañía de hombres y algunas copas de alcohol. Desde una de esas mesas, Violeta lo miraba en medio de las caricias que le prodigaba uno de los clientes intercaladas con alguna palabra soez.

Sin embargo, no quería distraerse con Máximo, debía preocuparse en hacer el trabajo del mejor modo para mantener su condición de la mejor del burdel. Eso, al menos a los ojos de Máximo, la diferenciaba del resto, y ella nunca se había contentado con menos.

Al acercarse al bar, Uriarte le pidió al mozo una medida de whisky. Ya había dejado todo arreglado para el viaje y parecía que la noche transcurría bajo control.

—Patrón, quédese tranquilo que todo está en orden —le dijo Simón con amabilidad.

—Ya lo sé.

Él sabía que dejaba el negocio en buenas manos, más allá de que le gustaba tener el control de cada cosa que ocurría allí dentro. Había crecido en ese negocio y respiraba ese aire enrarecido desde hacía mucho tiempo.

—Lo dejo en tus manos.

—Gracias, patrón. —Un pesado silencio sobrevoló en medio de esa conversación más allá de las charlas y del movimiento que se mantenían alrededor—. ¿Fue a verla?

Máximo bebió un profundo sorbo y volvió a mirar a Simón.

—Me hice tiempo esta tarde.

—¿Ya se despidió?

—Sí, y espero que ella lo haya entendido del mismo modo.

Bebió de un trago el resto del contenido del vaso. Simón guardó silencio, sabía hasta dónde podía hurgar y cuál era el límite para callar en un tema delicado como ese.

—¡Uriarte, a su salud!

Apenas se dio vuelta aludido porque supo a quién pertenecía ese vozarrón con aliento a cigarro. Otra noche en la que el jefe de policía había decidido pasar por allí.

—¿Anda con ganas de divertirse, Tolosa?

—Por ahora sí, aunque nunca dejo de trabajar. Eso usted debería saberlo.

—Me parece muy bien —dijo y le hizo una sutil seña a una de las mujeres—, porque yo tampoco dejo de hacerlo.

Máximo volvió a mirarlo al tiempo que una de las empleadas se aproximaba para complacer a Tolosa, que abandonó el motivo por el cual había ido y se dejó llevar entre caricias y alcohol. Ya había cumplido con parte de su objetivo: molestar a Máximo Uriarte y recordarle que él siempre lo acecharía. Estaba seguro de que había algo más por descubrir, de que pronto encontraría lo que tanto buscaba.